



# Se sentó un poco con la cara hacia el río



*Hermann Rodríguez Osorio, SJ.*

"Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama san Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola" (Autobiografía 30).

Este sencillo texto de la Autobiografía de san Ignacio nos remite tal vez a la experiencia más importante de su vida. El antiguo soldado

'desgarrado y vano', que había buscado en los honores del mundo el sentido de su vida, y que poco a poco había ido rompiendo con los moldes de una cultura que determinaba su destino, se encuentra en la soledad de su camino, con una manifestación de Dios imposible de abarcar. Junto al río Cardoner que 'iba hondo', este incurable caminante 'se sentó un poco con la cara hacia el río'. No es que haya visto nada especial, ni que se le haya aparecido la Virgen como a algunos arrieros de nuestras tierras, sino que todas las cosas le perecieron nuevas. Ni siquiera él mismo es capaz de entrar en detalles, pero ciertamente este momento cambió radicalmente su rumbo.

Al final de sus días, como lo recuerda en este texto de la Autobiografía, después de sesenta y dos años, podía asegurar que aún juntando todas las experiencias e iluminaciones de su vida, nunca había recibido tanto como aquella sola vez. Ciertamente una afirmación impresionante y que muy pocas personas son capaces de hacer. Sin embargo, algo de esto mismo es lo que hemos vivido todos y cada uno de los jesuitas que ayer y hoy hemos recorrido y recorreremos los caminos de este mundo. Alguna vez en nuestras vidas, después de haber buscado en vano por rincones y recodos el sentido de nuestras existencias, nos hemos 'sentado un poco' con la cara vuelta hacia el río de la historia. Hemos dejado de buscar nuestro propio camino, para dejar que aquel que es el Camino, nos buscara. Hemos dejado de preguntar por nuestras inquietudes, para dejar que aquel que es la Verdad, nos inquietara con sus preguntas. Hemos dejado de vivir para nosotros mismos, para dejar que aquel que es la Vida, comenzara a vivir en nosotros para comunicar una vida abundante a los demás.

Los jesuitas de ayer y de hoy, somos hombres traspasados por esta experiencia innombrable, inexplicable, inconmensurable, del amor de Dios que nos ha cautivado hasta seducirnos. No es otra la causa que ha llevado a tantos jesuitas misioneros hasta los extremos del mundo para anunciar el mensaje de Jesús; no hay otra explicación para la vida de tantos santos y mártires jesuitas que han sido radicalmente fieles hasta la muerte; no es otra la razón de ser de todos nuestros trabajos y obras actuales; no es otro el motivo que nos ha llevado a renunciar a la posesión egoísta de nuestros bienes, de nuestros amores, de nuestra propia libertad.

Como este peregrino vasco, iluminado por Dios a orillas del río Cardoner, los jesuitas no podemos sentarnos a disfrutar de esta experiencia maravillosa del amor de Dios que se nos ha regalado. El camino no se detuvo para Ignacio y no se detiene nunca para ningún jesuita. Él no obtuvo allí todas las respuestas; podríamos decir más bien que fue precisamente una inmensa explosión de preguntas que lo hicieron mantenerse siempre caminando y buscando lo que más y mejor podía hacer por el servicio de sus prójimos.

Al contemplar hoy el río de la historia llena de "tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo" (Ejercicios 106), los jesuitas seguimos sintiendo la llamada de Dios a trabajar en la construcción de un mundo en el que todos los hombres y mujeres tengan un puesto en la mesa del banquete del Reino. Queremos comunicarle a esta 'humanidad agobiada y doliente', la alegría que llevamos dentro: La Buena Noticia del amor de Dios que quiere que todos sus hijos e hijas 'tengan vida y la tengan en abundancia' (Juan 10,10).

En muchas orillas de nuestra historia, sigue habiendo jóvenes generosos que, como Ignacio junto al Cardoner, se 'sientan un poco' con la cara vuelta hacia la realidad de sus hermanos y hermanas, y se dejan arrebatarse por esta experiencia maravillosa de saberse amados por Dios 'hasta el extremo' (Juan 13,1) y llamados por él a caminar en su Compañía para hacerse 'servidores de la misión de Cristo' (Congregación General 34ª d.2). Muchos de estos jóvenes siguen golpeando a las puertas de la Compañía de Jesús en distintas partes del mundo, porque no sólo quieren ofrecer sus personas al trabajo sino que, aún más, quieren hacer oblaciones de mayor estima y mayor momento, diciendo: "Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (Ejercicios 97).